

DE BUENAS LETRAS

Dogma

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Vivimos en una sociedad que se ha ido convirtiendo en dogmática. Recuerda, en muchos aspectos, a la España de la Contrarreforma, allá cuando a la más mínima se le declaraba a uno hereje o judaizante. Hoy te colocan el sambenito con idéntica facilidad. Eso sí, no te queman en la plaza pública, lo que es de agradecer, pero te reducen a la categoría de apestado, te apartan, te insultan. Y luego, levanta cabeza si tienes redaños.

Para hacer semejante afirmación debería yo exponer ejemplos, datos, demostraciones. Ocurre que para tal cosa tendría que ser sociólogo, politólogo o periodista, y no soy sino un escritor humilde, casi desconocido, un lector compulsivo (a cada tonto le da por una cosa) que conoce, más o menos, el presente, el pasado e intuye el futuro.

A pesar de todo, afirmo esa deriva social: el dogmatismo. Me basta con mirar a mi alrededor, parar el oído (tenemos dos orejas para escuchar y una sola boca para hablar), ver telediarios, leer periódicos, mirar diversas redes sociales. El dogmatismo se extiende como la sarna. Muchos, demasiados ya, no soportan que alguien se salga de la ortodoxia, de esas reivindicaciones de las que no

se duda de su justicia, sino que puede haber dimensiones respecto al ritmo, por ejemplo, con que se exigen los logros. Las sociedades cambian de forma relativamente lenta, aunque hoy se haya acelerado el paso. Las revoluciones, se demostró en el siglo XX, no existen. Las evoluciones, sí. Pues bien, si uno se atreve a decir tímidamente que se va demasiado rápido en esto o en aquello (esa puede ser una de las críticas), ya le han echado la sal en la mollera, ese ya es calificado, cuando menos, de facha, de machista, de homófobo, y aquí añadan ustedes la larguísima lista de heterodoxias, de apostasias que puedan colegir del escrutinio social. ¿Una democracia donde no se puede disentir sin arriesgarse a ser agredido, aunque solo sea verbalmente? Incluso esas tres religiones dominantes en el mundo, si bien han intentado históricamente eliminar la discusión y la discrepancia, no han podido evitarlas. ¿Por qué comparo el dogmatismo actual con la religión más intransigente?: porque para muchos es lo mismo, aunque no quieran percatarse de ello.

Y la culpa de esta degradación no es achacable sólo a los dirigentes: los primeros implicados somos nosotros, la gente de a pie.